

A la pregunta de Andrés Santana de contar un poco más en profundidad por qué le toca este tema tanto, cómo surge el libro y cómo enlaza la autora esto con su tesis doctoral, Anahit Margaryan comenta:

- Empecé a leer las novelas de Guarch con ojos de una doctoranda en búsqueda de su tema de investigación y creí sinceramente que ha representado los mejores valores y virtudes del pueblo



armenio, una cosa que me pareció increíble porque, él no porta sangre armenia, ni siquiera había tenido una relación constante con armenios ni visitado Armenia cuando escribió la novela. Guarch es un referente de filantropía, honestidad y conocimiento histórico, sobre todo, por eso sentí un gran respeto hacia Guarch y quise de alguna forma darle las gracias a él mediante este libro. Sus obras se publicaron y siguen publicándose en Armenia, también traducidos, de hecho, directora del Departamento de Filología Románica de la Universidad Estatal de Ereván, doctora Hasmik Baghdasaryan está trabajando en la traducción de otra novela de Guarch actualmente, *Asunto Agopján*, sin embargo, nunca es suficiente y creo que debería de tener más difusión.

En cuanto al tono del libro y la percepción en el mismo de ciertos rasgos de reivindicación política y de justicia, de compromiso con su país, y a la pregunta de si es imposible no implicarse al hablar de la historia del pueblo armenio, la autora detalla:

- Es posible, claro que es posible. Es cuestión de las decisiones que uno toma. Soy muy consciente de las decisiones que he tomado aquí. En este nivel de comunicación, que no es ciencia pura y dura, tengo la libertad absoluta de elegir el tono que resulte más cercano a mi propia esencia. No soy patriota en la ciencia, en la ciencia soy objetiva, pero luchando por la verdad histórica. Aquí, en *Una entrevista para la historia* habla una armenia que tiene muchas preguntas y dichas preguntas no se dirigen a Gonzalo, ni es él quien, lamentablemente, pueda dar las soluciones.



Si he sonado patriota, es porque no lo he evitado. Yo digo a menudo que me gustaría darme el lujo de no ser patriota, de tener la opción de elegir otros problemas en el país que sean diferentes a la supervivencia física y a todo el trauma de la guerra que nos persigue por los siglos y que tiene una influencia imborrable e incurable a lo largo

de las generaciones, algo que, afortunadamente, no lo pueden llegar a entender países que viven largos años sin guerra.

Aquí, debo citar a Jorge Luís Borges, quien, al hablar sobre el nacionalismo y los armenios, dice que siente una gran simpatía por Armenia y cree que allí se puede justificar el nacionalismo. Pero no puede justificarse en los países poderosos. Sí, en países oprimidos, sí en países perseguidos porque tienen que mantener su identidad.

Esa reivindicación política y de justicia es inevitable. Sin eso, no se logra la justicia, el reconocimiento y la condena. Porque la justicia se establece por las leyes internacionales, si no me equivoco. Y para llegar a esas leyes, hay que tener voz. Si no hablas, entonces no te duele mucho, ¿no? Si no hubieran hablado a su tiempo, el mundo no conocería la palabra Genocidio, la cual, por cierto, fue introducida en el léxico internacional no hace tanto tiempo, concretamente en el año 1943 por el lingüista y abogado Raphael Lemkin, quien decidió crear el término tras leer en un periódico alemán sobre una noticia relacionada con las masacres de origen racial de los armenios a principios del siglo XX. Los desarrollos jurídicos en los años anteriores fueron la razón por la que, entre otros, el Genocidio Armenio fue denominado como tal.

Ayer estábamos hablando con un buen amigo mío acerca de un tema y él me hizo un comentario diciendo que «solo nos queda ser como Sísifo, ser felices llevando la roca a la montaña y, cuando caiga, seguir llevándola otra vez a la montaña. Es la única manera de ganarle la batalla a Dios en la tierra». Pues precisamente así me siento y seguro que muchos armenios también, porque hagas lo que hagas, es muy grande la frustración de la patria perdida y cuál sigue siendo perdida cada vez con un nuevo ataque.

Por eso, aquí, en este libro soy muy sincera en este sentido y no lo quise evitar.

En relación con la consideración de proponer a G. H. Guarch al Premio Nobel de Literatura contó:

- Es un suceso potencialmente posible. El siguiente paso podría llegar al concederle a G. H. Guarch el nombramiento como «Armenio Honorario», y en tal caso, por primera vez en la historia, podría darse el caso de la presentación de un autor extranjero como candidato por otro país al Premio Nobel de Literatura. Sin duda alguna, para los armenios una designación muy merecida que colaboraría en una mejor comprensión de esta historia del pueblo armenio y de la Causa Armenia.

Finalmente, Anahit Margaryan destaca que la redacción del libro en castellano fue un reto que no podría haber superado sin los sabios consejos del mismo Guarch, de la Dra. Hasmik Baghdasaryan, quien además escribió una reseña para el libro, sin el editor, Julián Sancha, con su revisión profesional, sin la Editorial de la Universidad Estatal de Ereván, sin su tema de tesis y sin los directores de dicha tesis, Miguel Casas Gómez y Pamela Faber, y que ha pretendido añadir un pequeño grano de arena más para la resolución de cuestiones de vital importancia.

